



Las evoluciones demográficas en América Latina

Gérard-François Dumont

► To cite this version:

Gérard-François Dumont. Las evoluciones demográficas en América Latina. Actas de III Encuentro de Politicos y Lejisladores de América, pp.193-212, 2000, 88-8386-069-7. hal-01536105

HAL Id: hal-01536105

<https://hal.science/hal-01536105>

Submitted on 10 Jun 2017

HAL is a multi-disciplinary open access archive for the deposit and dissemination of scientific research documents, whether they are published or not. The documents may come from teaching and research institutions in France or abroad, or from public or private research centers.

L'archive ouverte pluridisciplinaire **HAL**, est destinée au dépôt et à la diffusion de documents scientifiques de niveau recherche, publiés ou non, émanant des établissements d'enseignement et de recherche français ou étrangers, des laboratoires publics ou privés.

Las evoluciones demográficas en América Latina

Profesor Gérard-François Dumont

Universidad de París – Sorbonne

En 1950, la población de América Latina, que aquí se considera incluyendo a América Central, las Antillas y América del Sur, se estimaba en 162 millones de habitantes, un número casi equivalente al de América del Norte, que entonces tenía 166 millones de habitantes. Estos dos sub-continentes tienen otra característica en común: su modo de poblamiento¹ que procede en gran parte de la emigración europea, y de la “importación” de africanos a través de la trata de esclavos. Pero sus dinámicas demográficas de la segunda mitad del siglo XX son muy diferentes. En los años 50, la inmigración intercontinental se termina en América Latina mientras que América del Norte sigue siendo – con flujos muy reducidos – una tierra de inmigración. Simultáneamente, América del Norte termina su transición demográfica² mientras que la mayoría de los países de América Latina no están más que al principio; solamente Argentina, Uruguay y Cuba ya la han empezado. Además, desde los años 50, las tasas de crecimiento de América Latina son muy superiores a las de América del Norte; el peso demográfico de América Latina en el continente americano no deja de aumentar como consecuencia de ello: 49,3% en 1950, 55,7% en 1970 y 65,5% en 1999³. Y Brasil se convierte en el quinto país del mundo por su población (156 millones) situándose por delante de Rusia.

1. La generalización de la disminución de la mortalidad

Las evoluciones demográficas de América Latina, en la segunda mitad del siglo XX, han resultado muy diferentes a las de los pronósticos de 1945 y a las de los pronósticos de los años 70. En 1945, se piensa que el crecimiento demográfico de América Latina va a disminuir: por una parte, la inmigración de origen europeo está casi terminada, exceptuando a los portugueses en Brasil; por otra parte, la emigración aumenta, sobre todo desde México y desde América Central hacia los Estados Unidos; esta se incrementará durante los años 60 y 70 debido a emigraciones políticas: cubanos huyendo del régimen de Castro, salvadoreños que huyeron durante los años más sangrientos de la guerra civil...⁴ A pesar de estos cambios en los flujos migratorios la tasa de crecimiento total de América Latina empieza a aumentar: porque el incremento de la tasa de crecimiento natural substituye de alguna forma la aportación migratoria anterior: la transición demográfica, marcada por la disminución de la mortalidad, se generaliza prácticamente por todo el continente latinoamericano, reduciendo las diferencias demográficas entre los países.

Antes de la segunda guerra mundial, la transición había alcanzado una moderada intensidad solamente en los países en los cuales la proporción de población natural de Europa era la más numerosa, como Argentina, Cuba y Uruguay; los medios de lucha contra las enfermedades infecciosas o parasitarias se organizaron antes, posiblemente porque la población europea era más vulnerable a las endemias que la población autóctona; los inmigrantes europeos, junto con los criollos más instruidos, consiguen entonces que los gobiernos inviertan en el sistema sanitario, en las vacunaciones... A principios del siglo XX, la esperanza de vida al nacimiento es de 39 años en la

Habana, la cual representa ya un gran progreso. En los años 30 hay un contraste evidente entre los países “desarrollados” (todavía no se emplea este termino) de América Latina y los demás países. Los primeros tienen esperanzas de vida al nacimiento que son parecidas a las de los países de la Europa mediterránea, 50 años en Argentina y en Uruguay, o ligeramente inferior en Cuba y en Costa Rica. En otros países con menor apertura a los intercambios internacionales, tanto a nivel humano como económico, la disminución de la mortalidad todavía no ha empezado en los años 30: la esperanza de vida al nacer es, por ejemplo, de 26 años en la República Dominicana y en Guatemala y de 28 años en El Salvador y en Nicaragua.

A principios de los años 50, existen diferencias muy marcadas entre los países de América Latina que han empezado su transición en la primera mitad del siglo y los demás países. Así, el índice de natalidad es de 23 por mil en Argentina, contra 46 por mil en Brasil y 50 por mil en Colombia. Por lo que se refiere a las tasas de mortalidad también existen grandes diferencias: 10 por mil en Argentina o Uruguay, 12 por mil en Brasil, pero 20 por mil en Bolivia y en Colombia. Es precisamente en ese momento que se difunden en todo el continente latinoamericano, bajo la influencia de organizaciones internacionales públicas o privadas, las técnicas sanitarias o médicas modernas, como por ejemplo, las redes de agua potable, o la pulverización de DDT en las regiones donde hay malaria. La lucha contra la mortalidad se intensifica con los nuevos medicamentos antiinfecciosos creados en los años 50, los antibióticos. Además, los países cuya mortalidad sigue siendo elevada van a poder progresar rápidamente para poder alcanzar a los países que ya habían empezado su reducción de la mortalidad. La reducción de esta se ve facilitada por una situación socioeconómica relativamente favorable. En efecto, el nivel de vida

en América Latina, aunque siga siendo insuficiente y sobre todo muy diferente de una categoría social a otra, aumenta mucho más que en África.

Debido a la disminución de la tasa de mortalidad, la población crece rápidamente: 162 millones de habitantes en 1950, 199 en 1960, 228 en 1970, 355 en 1980, 448 en 1990 y 512 en 1999. La intensidad del incremento se debe también al hecho de que la tasa de fecundidad ha sido elevada durante mucho tiempo en América Latina, con un promedio de 6 a 7 hijos por mujer en los años 60. Disminuye solamente en aquellos países que fueron los primeros en registrar una mortalidad infantil reducida; puesto que la transición está más adelantada, al igual que en las transiciones europeas y norteamericanas, la fecundidad ya es relativamente baja en Uruguay (2,9 hijos por mujer), o en Argentina (3,1), es decir en la parte templada de América del Sur. En los años 60, América Latina se encuentra en plena transición y registra entonces la tasa de crecimiento anual más alta de todos los continentes.

Con la mejora continua de las condiciones de mortalidad, la esperanza de vida al nacimiento de las mujeres, según los datos de 1999 del PRB, es igual o superior a 75 años en varios países: Costa Rica, México, Panamá en América Central; nueve territorios de las Antillas de los diecisiete existentes, Argentina, Chile, Guayana Francesa, Uruguay y Venezuela en América del Sur. Solamente en cinco países de los 38 existentes es inferior a 70 años. En cuanto a la mortalidad infantil, es baja – inferior a 15 por mil nacimientos – en diez países y superior a 50 por mil solamente en cuatro países (Haití, Bolivia, Guyana, Guatemala).

Anteriormente, en los años 70, algunos expertos habían expresado su preocupación por el crecimiento exponencial. Pero, siguiendo el esquema de la transición demográfica, la desacele-

ración demográfica, que corresponde a la segunda fase de la transición, está empezando y resultará rápida en América Latina.

2. Una rápida desaceleración demográfica

A principios de los años 80, dos de los países anteriormente citados, Argentina y Uruguay, ya tienen un índice de fecundidad inferior a tres hijos por mujer, y se calcula que su vecino chileno está a 3,0 hijos por mujer. Los alcanzan posteriormente varios territorios de las Antillas: Barbados, Martinica, Puerto Rico, Trinidad y Tobago sin olvidar Cuba. Y la tasa de fecundidad sigue disminuyendo hasta finales del siglo. Al principio de los años ochenta, el nivel para el conjunto de las Antillas era de un promedio de 3,9 hijos por mujer, contra el 2,9 en la zona templada de América del Sur; los niveles más altos de América Latina se encontraban en la zona tropical de América del Sur (promedio de 4,6 hijos por mujer), y aún más en América Central (5,0). Para toda América Latina, el índice era de 4,4 hijos por mujer.

A continuación, en menos de veinte años, de 1980 a 1999, el índice medio de fecundidad del subcontinente latinoamericano disminuyó en un 34%, pasando de esa cifra de 4,4 a 2,9 hijos por mujer. De las tres regiones latinoamericanas, la región de América Central es la que tiene la fecundidad menos baja (3,3 hijos por mujer), seguida de las Antillas (2,8 hijos por mujer) y de América del Sur (2,7).

Esta rápida disminución de la fecundidad repercute sobre la natalidad, y mientras tanto la mortalidad sigue su descenso. A finales del siglo XX el índice de natalidad es de 24 por mil, contra 38 por mil en los años 60. Puesto que el índice de mortalidad disminuye en 40% durante el mismo periodo, pasando

de 10 a 6 por mil, la tasa de crecimiento anual de América Latina, que era de 2,9%, cae a 1,8% a finales del siglo.

3. La reducción del ritmo de urbanización

A pesar de que su población se ha multiplicado por tres durante la segunda mitad del siglo XX, América Latina sigue siendo un continente con baja densidad de población (25 habitantes/Km²) y también es el continente más urbanizado de los tres que Alfred Sauvy había designado con el término “tercer mundo”.

El desarrollo de la urbanización ha sido rápido: se calcula que era el 40% en 1950, el 57% en 1970 y ya el 70% en 1990. La proporción de la población urbana se calcula en 1999 en un 73%, porcentaje parecido al de Europa, casi tan alto como el de América del Norte (75%), poco más alto que el de Oceanía (70%), y más del doble que el de Asia (35%) y que el de África (30%).

Si se considera exclusivamente a América del Sur, vemos que tiene un índice de urbanización (78%) ligeramente superior al de América del Norte. El índice es aún más alto en la zona templada de América del Sur, con proporciones parecidas a las de los países de Europa septentrional y occidental: Uruguay, al igual que el Reino Unido está en 91%, el índice más alto del mundo, exceptuando algunos territorios reducidos como Kuwait (100%), Singapur (100%), Macao (99%), Bélgica (97%), Hong Kong (95%), Islandia (92%), Qatar (91%), Antillas holandesas (90%) e Israel (90%). Puesto que Argentina tiene un índice de urbanización de 89% y Chile de 85%, se puede decir que la región suramericana templada es de las más urbanizadas del mundo.

En el resto del continente latinoamericano solamente en algunos territorios existen proporciones de población urbana

inferiores al 50%: Guyana en América del Sur, Antigua y Barbuda, Barbados, Granada, Haití, San Vicente y las Granadinas en las Antillas. En América Central, el índice de urbanización promedio es alto (67%), debido sobre todo a la influencia de México (74%); es menos importante en Nicaragua (63%), moderado en Panamá (56%) y aún más bajo en los cinco países restantes.

De los 360 millones de ciudadanos de América Latina 56 viven en cuatro grandes aglomeraciones. Entre las 25 mayores aglomeraciones del mundo en efecto encontramos en América Latina a: Ciudad de México en cuarta posición, Sao Paulo en quinta posición, Buenos Aires en decimotercera posición y Río de Janeiro en decimosexta posición. Antes de que estas megalópolis se dejaran arrastrar por el crecimiento demográfico su existencia ya se debía a medidas políticas. En efecto, los regímenes coloniales que predominaron en América Latina instauraron una centralización administrativa, dando un peso considerable a la capital política y haciendo que esta se convirtiera en el polo principal de la gestión de las importantes relaciones económicas con los demás países. Más tarde, el crecimiento de las ciudades se ha visto amplificado por la transición demográfica y por la emigración rural, que proporcionaba poblaciones con facilidad puesto que las zonas rurales eran más fecundas.

Los responsables, en casi todas partes, han intentado responder al desarrollo de las ciudades adoptando medidas de acondicionamiento urbano y de ordenación del territorio, cuyo ejemplo simbólico sigue siendo la creación de una nueva capital política en Brasil, Brasilia. Estos esfuerzos políticos están justificados por el hecho de que las ciudades, cuya importancia revela el enriquecimiento progresivo de esos países, sacan a la luz también las grandes pobreza urbanas en las

“favelas”, donde los adultos, e incluso los niños, se encuentran cada mañana frente a la necesidad de encontrar los recursos que les permitirán sobrevivir un día más. A pesar de la pobreza urbana, la emigración rural no se ha detenido porque las esperanzas de supervivencia, o incluso de promoción social, en un espacio urbano donde la demanda de servicios es importante (limpiabotas, limpieza, venta ambulante, costura ..., pero también prostitución) parecen reales, mientras que las condiciones de vida del campo por lo general no suscitan ninguna esperanza de mejoramiento.

Los brasileños por ejemplo no suelen hablar ni de emigración rural ni, según el término francés usado impropriamente, de éxodo rural⁵ sino de “invasión” de las ciudades; esta se concretiza mediante familias que, en algunas ciudades, ocupan ilegalmente algunos metros cuadrados de tierra para construir un campamento de chabolas. En la medida de lo posible, procuran instalarse en un terreno que no esté demasiado alejado del centro, ya que es en el centro de la ciudad donde hay más posibilidades de que los pequeños trabajos sean rentables puesto que la clientela es más numerosa. Instalarse en terrenos alejados del centro, eventualmente asignados por los poderes públicos, tiene por lo tanto un interés limitado; es pues preferible intentar instalarse ilegalmente más cerca del centro que es donde por lo general habrá que ir para ganarse el pan de cada día. Estas instalaciones ilegales provocan por supuesto algunos intentos de expulsión, pero la legislación permite que el ocupante ilegal se convierta en propietario de hecho si no ha sido expulsado durante el primer año de su ocupación ilegal. El pobre realiza entonces uno de sus sueños: tener algo que dejar a sus hijos, aunque no sea más que una chabola de pocos metros cuadrados encajada entre barracas parecidas. En algunas aglomeraciones de América Latina, la si-

tuación política ha hecho que la llegada de la emigración rural se acelerara, la inseguridad presente en los campos empuja a los habitantes hacia las ciudades pero también la provocan algunas políticas que acentúan la “desruralización”.

Considerando estas motivaciones que conducen del campo hacia la ciudad y las tasas de crecimiento demográfico de los años 60, durante mucho tiempo las proyecciones hicieron pensar que las ciudades latinoamericanas iban a tomar unas proporciones aún mayores. Por ello, se anunció que la Ciudad de Méjico ocuparía en el año 2000 el primer lugar mundial de las megalópolis, con más de 27 millones de habitantes. En una publicación de 1994, una retórica de crecimiento lineal todavía asignaba 23,4 millones en la Ciudad de Méjico en 1990 y 31,0 millones en el 2000⁶. Se han tenido que revisar mucho hacia cifras más bajas los datos y las proyecciones basadas sobre estas cifras considerablemente infladas: Ciudad de Méjico tendrá menos de 20 millones de habitantes en el año 2000, más de 12 millones menos que lo proyectado. Al igual que en el caso de Ciudad de Méjico, el índice de crecimiento de las ciudades de los países más urbanizados de América Latina se ha reducido considerablemente, pasando de entre 5% y 7% en los años 70 a menos de 3% en los años 90. Ello se debe a dos causas: por una parte la desaceleración demográfica general también ha afectado a las ciudades, e incluso más a las ciudades que a los campos; por otra parte, la emigración rural no puede seguir al ritmo anterior porque la mayoría de sus recursos se han agotado, tal y como lo demuestra el reducido porcentaje de población rural, 11% solamente en Argentina y 24% en Brasil por ejemplo.

Sin embargo, el peso demográfico de las megalópolis latinoamericanas no deja de ser espectacular por la magnitud del crecimiento urbano conseguido durante la segunda mitad del

siglo XX; este aspecto espectacular se ve acentuado por las dificultades sociales al tratarse de países donde las desigualdades de recursos y de riqueza siguen siendo considerables. Habría que añadir las carencias en educación y en formación, que explican ampliamente las inadecuaciones existentes en algunos mercados laborales. Y por último, las desestructuraciones familiares, debidas tanto a la situación socioeconómica de algunas familias como a concepciones muy machistas, todo ello no facilita absolutamente el papel de la familia como estabilizador social.

Mientras la transición demográfica está sin duda alguna a punto de terminar en la mayor parte del continente latinoamericano, el clima económico y sobre todo social, no proporciona todavía las condiciones más adecuadas para responder a la necesidad de luchar contra la pobreza, salvo en el caso de algunos países que han sabido conciliar una estabilidad democrática con algunas reformas saludables. Es por ese motivo que el crecimiento demográfico urbano de la segunda mitad del siglo XX se acompaña de problemas sociales que necesitan nuevas reformas que fomenten el desarrollo.

Aunque las dinámicas citadas anteriormente han puesto de manifiesto algunos elementos de unificación demográfica, América Latina sigue siendo un continente con muchas diversificaciones, entre sus tres partes geográficas y también en cada una de estas partes.

4. Las Antillas, la región con más contrastes

Los diecisiete territorios de las Antillas, cuya superficie total (228 000 Km²) es equivalente a la mitad de Francia metropolitana, concentran las diversidades demográficas más im-

portantes de América Latina. Solamente tres países de las Antillas tienen unas dimensiones demográficas superiores a los 5 millones de habitantes, según los datos del PRB: Cuba con 11,2 millones, República Dominicana con 8,3 millones y Haití con 7,8 millones. Los catorce territorios restantes de las Antillas representan solamente el 26% de los 37 millones de habitantes de la región. Aunque también es verdad que salvo en el caso de las Bahamas, Jamaica y Puerto Rico, la superficie de sus territorios es reducida. Las densidades de población de las islas de las Antillas varían mucho, van de 29 habitantes/Km² en las islas Bahamas a 616 en Barbados. Cuba tiene una densidad (101 habitantes/ Km²) parecida a la de Francia metropolitana, Jamaica 237 y la República Dominicana 172. Los departamentos franceses de las Antillas están relativamente poco poblados, con densidades de 239 habitantes/ Km² en Guadalupe y 379 en Martinica.

Varios países que tienen tasas de fecundidad inferiores a la tasa de renovación generacional, se encuentran sin duda alguna en plena fase de post-transición, cuyo esquema de evolución se podrá percibir solamente con el tiempo, teniendo en cuenta la lógica de la larga duración de las cuestiones demográficas⁷. En efecto, Antigua y Barbuda, Barbados, Cuba, Dominica, Martinica y Trinidad y Tobago tienen tasas de fecundidad inferiores a 2,0 hijos por mujer, según los datos del PRB de 1999. Las Antillas holandesas, las islas Bahamas, Guadalupe y Puerto Rico están a 2,0 o 2,1 hijos por mujer.

A pesar de tener un índice de mortalidad general relativamente bajo (6 y 13 por mil habitantes), dos países están en retraso en la transición demográfica al tener un índice de mortalidad infantil que sigue siendo alto: República Dominicana 47 por mil nacimientos y Haití 74 por mil. Haití tiene por lo tanto la esperanza de vida al nacer más baja (56 años para las muje-

res) de toda la región y se encuentra de alguna manera en una situación “africana”, al igual que su producto interno por habitante 1997 (380 dólares americanos), el más bajo de América Latina, a un nivel tan bajo como el de los países menos desarrollados de África Sub – sahariana.

La población de las Antillas es joven, con un 31% con menos de quince años y un 7% de 65 años o más. Pero el envejecimiento de la población⁸ se empieza a sentir, con un porcentaje de habitantes de menos de quince años inferior a un cuarto de la población en Barbados, Cuba y Martinica.

5. América Central y su diversidad de población

La región de América Central está dominada por el gigante mejicano que representa, con 1 958 000 Km², el 79% del territorio, y con 99,7 millones de habitantes el 74% de la población. Los tres países que tienen una superficie parecida, Nicaragua con 130 000 Km², Honduras con 112 000 Km² y Guatemala con 109 000 Km², que representan cada uno un quinto de Francia metropolitana, tienen respectivamente 5,0, 5,9 y 12,3 millones de habitantes. Una vez más el orden demográfico no respeta el orden de las superficies, lo cual conlleva densidades de población muy diferentes. Por eso El Salvador, que tiene la menor superficie de América Central con 21 000 Km², tiene el mismo número de habitantes que Honduras (5,9 millones). El Salvador tiene por lo tanto la mayor densidad de población de los ocho países de América Central, con 279 habitantes/ Km²); le sigue Guatemala, con la misma densidad que Francia metropolitana (107). Los demás países, entre ellos Méjico (51), tienen una densidad de población bastante reducida, sobre todo Belice (11 habitantes/ Km²). Este últi-

mo, aunque tenga una superficie ligeramente superior a la de El Salvador tiene 24 veces menos habitantes.

Teniendo en cuenta los progresos en la lucha contra la mortalidad y la juventud de las poblaciones, los índices de mortalidad son muy bajos en América Central, van de 4 a 7 por mil habitantes según los países. Con un 5 por mil, la mortalidad de América Central es la más baja de América Latina. En cambio, su índice promedio de natalidad, 28 por mil, es el más alto de las tres regiones de América Latina. Esto se explica por el hecho de que todos los países de América Central se encuentran en la segunda fase de una transición intensa y a menudo tardía, mientras que, en las demás regiones, algunos países han vivido transiciones más precoces o menos intensas. Las tasas de crecimiento natural más altas se registran en Nicaragua (32 por mil) y en Guatemala (29 por mil). Los índices de fecundidad más altos se registran en Guatemala (5,1 hijos por mujer), seguida de Honduras (4,4 hijos por mujer), lo cual no es ilógico puesto que estos dos países también tienen los índices de mortalidad infantil más altos de América Central, es decir respectivamente 51 y 42 por mil nacimientos. Al contrario, a los índices de mortalidad infantil más reducidos (Costa Rica y Panamá) corresponden los índices de fecundidad más bajos (2,7 hijos por mujer).

Debido a su peso demográfico, Méjico merece una atención especial sobre su población. Es, como ya se ha dicho anteriormente, un país muy urbanizado (74% de la población), dominado por el peso de la aglomeración – capital, en la que vive el 17% de los Mejicanos. Tres otras aglomeraciones urbanas – Guadalajara en el estado de Jalisco, Monterrey en el estado de Nuevo León y Puebla, capital del estado de Puebla – están situadas en un eje transmejicano, que es el lado más poblado de un cuadrilátero urbano, cuyos otros tres lados están formados

por las costas del nordeste (Golfo de Méjico) y del noroeste (Pacífico) y por la frontera con Estados Unidos. La red de ciudades de la costa noroeste vive sobre todo de la explotación agrícola de las llanuras costeras y de las montañas bajas así como de las actividades turísticas. La urbanización de la costa nordeste ha sido completada por nuevas ciudades nacidas de la expansión de las explotaciones petrolíferas. Por lo que se refiere a la frontera con los Estados Unidos, al norte del cuadrilátero, su urbanización se ha desarrollado mucho con la instalación de numerosas empresas subcontratistas de sociedades americanas. Estas ciudades son a menudo ciudades hermanas de las de Estados Unidos, como Tijuana, gemela de San Diego en California, Nogales en Méjico, gemela de Nogales en Arizona, Ciudad Juárez, gemela de El Paso en Tejas, y Nuevo Laredo, gemela de Laredo en Tejas; estas dos últimas parejas están separadas por el Río Grande que fija el límite norte de las ciudades mejicanas y sur de las ciudades americanas entre Méjico y Tejas.

Una de las originalidades de la urbanización mejicana es la de no seguir un modelo espacial concéntrico: en efecto, las aglomeraciones principales aparecen en la confluencia entre una zona central compuesta por una red de ciudades intermedias y las zonas poco urbanizadas⁹.

En el interior al igual que en el exterior de ese cuadrilátero, los índices de urbanización son muy inferiores al promedio nacional de los demás estados del Centro-Norte y del Sureste, que son de alguna manera unos “desiertos urbanos”.

6. América del Sur, el subcontinente de menor densidad

América Central está dominada demográficamente por un país principal, Méjico, y, de la misma manera aunque en me-

nor medida, América del Sur está dominada por Brasil, este país representa, con 168 millones de habitantes, el 49,5% de la población del subcontinente y, con 8 547 000 Km² el 48% de su superficie. Detrás de Brasil, Colombia (38,6 millones de habitantes) ocupa la segunda posición de América del Sur por delante de Argentina (36,6 millones de habitantes). Todos los demás países tienen menos de 30 millones de habitantes, yendo de Perú con 26,6 millones a la Guayana Francesa con 0,19 millones de habitantes; aunque también es verdad que ese territorio tiene la superficie más pequeña de todo el continente suramericano.

La densidad media de los países de América del Sur, con 20 habitantes / Km², es mucho más baja que la de las Antillas (162) y que la de América Central (55). Esta región tiene una densidad inferior incluso a la de África, que es otro continente poco poblado. Las densidades son bajas en todos los países, con un mínimo de 2 habitantes / Km² en la Guayana Francesa, y un máximo de 44 habitantes / Km² en Ecuador. Los índices de urbanización ponen de manifiesto tres niveles diferentes. Uruguay (97%), Argentina (89%) y Chile (85%), es decir la zona templada de América del Sur, en donde el despegue de la transición demográfica empezó antes, tienen los índices más altos. Los de Brasil, Colombia, Perú o Surinam se encuentran en una gama comprendida entre 70 y 76%. El tercer nivel de urbanización, entre 50 y 60%, se registra en Ecuador, Bolivia y Paraguay. Solamente la Guyana y la Guayana Francesa están muy poco urbanizadas.

Otra particularidad suramericana es la de los diferentes caminos emprendidos en la transición demográfica¹⁰. Aunque los índices de mortalidad sean, en todos los países, iguales o inferiores a 10 por mil, la diferencia puede llegar al doble, entre la Guayana Francesa (4 por mil) y Venezuela (5 por mil) y

Bolivia y Uruguay (10 por mil cada uno). Pero esta equivalencia de mortalidad, en estos dos últimos países, no tiene en absoluto el mismo significado. Bolivia tiene, junto con Paraguay, la población más joven de América del Sur: 40% de la población con menos de 15 años. Su índice de mortalidad relativamente alto no se explica pues por la edad de la población, sino por el índice de mortalidad infantil, que es el más alto de América del Sur (67 por mil nacimientos). En cambio, Uruguay tiene un índice de mortalidad infantil de 17 por mil, cuatro veces más bajo que el de Bolivia. Pero su población, con un 25% de menores de quince años, es la menos joven de América del Sur, lo cual explica su índice de mortalidad relativamente alto.

Los países de América del Sur se encuentran pues en niveles diferentes de la transición demográfica. Esta prácticamente ha terminado en Chile y en Uruguay, con índices de mortalidad infantil y de fecundidad reducidos. Está terminando en Argentina, en Colombia, y en Venezuela ya que presentan índices de mortalidad infantil y unas tasas de fecundidad moderados. La transición está menos adelantada en Ecuador y en Perú, con índices de mortalidad infantil y de fecundidad que siguen siendo altos. En fin, Bolivia está atrasada, con una mortalidad infantil que es aún muy alta: este país tiene, junto con Guyana, y de lejos diferencia, el más bajo PBI por habitante de América del Sur, lo cual demuestra el vínculo existente entre el desarrollo económico y la transición demográfica. En América del Sur la correlación entre los niveles de mortalidad infantil y de fecundidad en la mayoría de los países es casi perfecta: ocho sobre trece. Algunas diferencias sobre la correlación se pueden explicar por la imprecisión de las fuentes estadísticas. Otras se explican por situaciones particulares. Por ejemplo, la Guayana Francesa tiene sin duda alguna una buena red sanitaria, pero el país

está poco poblado y acoge inmigrantes acostumbrados a un estilo de vida más tradicional.

7. Las especificidades demográficas de Brasil

Los comportamientos a nivel de fecundidad de los brasileños son muy adelantados comparándolos a las condiciones sanitarias que son, sin duda alguna, desiguales en ese país. Brasil forma parte de una nueva variante de la segunda fase de la transición demográfica donde se ve disminuir los comportamientos de reproducción más rápidamente que las condiciones de mortalidad. Un recorrido de este tipo modifica considerablemente las evoluciones previstas. Según las proyecciones publicadas en 1975, Brasil debía tener 188 o 200 millones de habitantes en el año 2000¹¹.

Según las proyecciones demográficas de Naciones Unidas de 1978, Brasil debía alcanzar 205 millones de habitantes en el año 2000. Brasil tendrá en cambio unos 170 millones, 35 menos de lo previsto. Esto se explica por la velocidad y por la intensidad de la disminución de la fecundidad, que ha pasado de 5,7 hijos por mujer en 1965 a 2,3 en 1998, es decir 60% menos. Esta velocidad es parecida a la de México, pero es muy diferente de la de Argentina donde la fecundidad ya había empezado a bajar desde el principio del siglo XX.

El segundo elemento importante en la evolución de la fecundidad brasileña es su carácter general¹². En efecto Brasil es un país inmenso y heterogéneo, está compuesto por 26 Estados y un Distrito Federal. Sus cinco grandes regiones geográficas son muy diferentes: la región del Norte, con el Amazonas, su capital Manaus, y cinco estados cercanos, representa el 47% del territorio y el 7% de la población y tiene una

densidad de 3 habitantes / Km². El Centro Oeste, con los dos Estados de Mato Grosso y Goiás, donde se encuentra Brasilia, también tiene una baja densidad de población (6 habitantes / Km²). El Nordeste, que incluye a nueve Estados, cuyo principal estado es el de Bahía, incluye tres grandes ciudades – Salvador, Recife y Fortaleza – tiene una densidad ligeramente mayor, 28 habitantes / Km². En el Sur, las densidades son más altas, pero alcanzan solamente un promedio de 40 habitantes / Km² en los tres Estados del Sur – Panamá, Santa Catarina y Río Grande do Sul, con la aglomeración de Porto Alegre. Por lo que se refiere a la región Sur Este, a pesar de las grandes aglomeraciones de Sao Paulo, en el Estado que lleva el mismo nombre, de Río de Janeiro, en el Estado que lleva el mismo nombre y de Belo Horizonte en el Estado de Minas Gerais, la densidad promedio de estos cuatro Estados es de 72 habitantes / Km². Esta diversidad de densidad se encuentran también en los indicadores económicos y conlleva grandes variedades de flujos migratorios, predominando el efecto de rechazo en el Nordeste y el efecto de atracción en el Sureste, el Norte y el Centro Oeste.

A pesar de la heterogeneidad de población y del nivel económico de las regiones brasileñas, a pesar de las diferencias en los índices de mortalidad infantil, es sorprendente ver la relativa homogeneidad de la disminución de la fecundidad de todas las regiones. Los brasileños, de cualquier condición social, han elegido tener una familia reducida. Según las posibilidades económicas de cada categoría social, los brasileños recurren al uso de la píldora anticonceptiva, a la esterilización (sobre todo la ligadura de trompas tras dos o tres cesáreas), al aborto (prohibido en teoría), o a otros métodos. El papel del personal médico, al banalizar la cesárea y convertirla en una forma moderna y cómoda de dar a luz, parece haber sido im-

portante. Tras unos índices de fecundidad análogamente reducidos no hay que olvidar de considerar la gran dualidad del proceso de urbanización, que ha producido simultáneamente unos barrios urbanos parecidos a los de las grandes ciudades desarrollados y las favelas en las que las condiciones de mortalidad siguen estando en retraso, debido a la falta de servicios sanitarios de base o a la falta de agua potable.

Nos interrogamos a menudo sobre el papel desempeñado por las políticas públicas de control de la natalidad sobre la velocidad de la transición. En el caso de Brasil todo hace pensar que el ritmo del proceso corresponde a una elección de la sociedad civil – incluyendo a todas las categorías sociales – puesto que no ha habido ninguna medida pública fuerte en materia de planificación familiar. Hay un estrechamiento neto de la base de la pirámide de edades de Brasil, y la pirámide toma la forma del pino, característico de las transiciones en su fase final.

A imagen de los dos grandes países de América Latina, Méjico y Brasil, la desaceleración demográfica es pues rápida y casi general en todo el sub – continente. Pero, según los países y las regiones, las secuencias de las evoluciones demográficas toman formas variadas y complejas. El estudio de América Latina confirma la necesidad de considerar las evoluciones demográficas en diferentes escalas, pues considerar sólo la escala de la población mundial es muy insuficiente y puede ser engañoso.

NOTAS

¹ G.-F. DUMONT "L'aventure démographique des Amériques", *Défense nationale*, vol. 53, mayo 1997, p. 96-112; "La aventura demográfica de las Américas", *Nuestro tiempo*, n. 513, XCIV, marzo 1997, p. 102-116.

² La transición demográfica es un periodo, de duración variable, durante el cual una población cambia de régimen demográfico; se traduce con en el hecho de que la población interesada adquiere dimensiones de un nuevo orden. Cf. G.-F. DUMONT. *Démographie*, Editions Dunod, Paris.

³ Los datos 1999 están sacados de *World population data sheet 1999*, Population Reference Bureau (PRB), Washington 1999.

⁴ G.-F. DUMONT *Les migrations internationales*, Editions Sedes, Paris 1995.

⁵ G.-F. DUMONT *Les spécificités démographiques des régions et l'aménagement du territoire* Editions des Journaux officiels, Paris, 1996. (Las particularidades demográficas de las regiones y la ordenación del territorio).

⁶ J. BONNET *Les grandes métropoles mondiales*, Nathan, Paris 1994, p.6. (Las grandes metrópolis mundiales).

⁷ G.-F. DUMONT *Le monde et les hommes, les grandes évolutions démographiques*, Editions Litec, Paris 1994. (El mundo y los hombres, las grandes evoluciones demográficas).

⁸ En un contexto que recuerda al de Europa: Cf., G.-F. DUMONT *Le festin de Kronos. Essai sur la réalité et les enjeux des évolutions socio-démographiques en Europe*, Editions Fleurus-Essai, Paris 1991, 203 p.; Edición italiana: *Il festino di Crono. Presente e Futuro della popolazione in Europa*, Edizioni Arès, Milano 1994, 180 p. Edición española; *El festin de Cronos. El futuro de la población en Europa*. Ediciones Rialp Madrid, 1995, 190 p. Edición eslovaca: *Kronava hostina. Social-demograficky vyvoj Europy*, Edición Vydal Charis, Bratislava 1995, 133 p. Edición alemana: *Europa stirbt vor sich hin... Wege aus der Krise*, MM Verlag, Aachen 1997.

⁹ J. MONNET *Le Mexique*, Nathan, Paris 1994.

¹⁰ M.R. COZZANI DE PALMADA *L'unicité et la diversité de l'évolution démographique de l'Amérique du Sud*, 1996 (La unicidad y la diversidad de la evolución demográfica de América del Sur).

¹¹ *La population du Brésil*, CICRED Series, 1975. (La población de Brasil).

¹² *Populations et sociétés*, avril 1999. (Poblaciones y sociedades)

*Actas del III Encuentro de Políticos y
Legisladores de América*

Buenos Aires, 3 al 5 de agosto de 1999



Edizioni Rinnovamento nello Spirito Santo

2000